

SANZ DEL RIO, RELIGIOSO

PRELUDIO

El tema es fascinante. Lo religioso en nuestra vida pública de los dos últimos siglos viene orquestado con resonancias y disonancias desconcertantes para quien no esté muy metido en nuestras cosas. El krausismo de la pasada centuria removi6 convulsivamente el alma nacional; cosió y rasgó tradiciones; desencadenó polémicas; abrió insondables interrogantes. Todavía hoy percibimos sus ecos. Posiblemente con más paz de espíritu para acercarnos a lo íntimo de aquellas almas y leer lo que hay, lo que hubo, y no sólo lo que se puso, en ellas. Difícil para aquellos tiempos medir lo religioso con otra medida que no fuera la de una ortodoxia cat6lica oficial, o todavía más, la de una ortodoxia nacional. Hecho claro es para esta ortodoxia que los krausistas espa1oles del XIX no fueron «buenos cat6licos», lo que ya les hizo aparecer ante la opini6n p6blica como no buenos espa1oles. Los krausistas no podían faltar en el cat6logo de los «heterodoxos» que tan cat6lica y espa1olamente redact6 M. Pelayo. ¿Quizá detrás de todo esté el «infiel» de la guerra santa lanzado contra el que no está con Mahoma? ¿O el mismo grito lanzado desde el campo cristiano contra el «infiel» musulmán?

¿Serán todavía hombres religiosos los seguidores de Krause aquí en Espa1a? Y ¿con qué suerte de religi6n? En un contexto más amplio que el cercano espa1ol, en los ambientes cat6licos del último Concilio romano, Vaticano II, se reconoce, por primera vez de un modo auténtico y solemne, la parte de verdad y santidad, «*quae vera et sancta*»¹ de otras religiones, matizando o corrigiendo la tesis tradicional de la religi6n cristiana (cat6lica) única religi6n verdadera. Por este lado y en las presentes circunstancias también se abre la posibilidad de un tratamiento de lo religioso en el krausismo con horizonte más despejado.

Precisemos los límites de nuestro estudio. No pretendemos reconstruir una teología del krausismo². Ni siquiera el tema general de la religi6n, ni en los krausistas ni en Sanz del Río. Queremos sólo meternos en la realidad de su vida y allí auscultar el latido religioso que la acompa1a y la cualifica. Y esto únicamente en el origen de todo el movimiento, en su creador e inspirador, Sanz del Río. En una palabra, su religiosidad personal. Arduo y expuesto si no contáramos más que

1 *Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las Religiones no cristianas*, n. 2.

2 Aludimos a la reciente obra de F. Martín Buezas, *La teología de Sanz del Río y del krausismo espa1ol* (Gredos, Madrid 1977).

con sus escritos públicos, de clase o de imprenta. Poco por lo demás nos revelarían esos escritos. Sanz del Río, excesivamente pudoroso de de estilo en revelar intimidades, es muy parco en darnos lo que él es en su interior cuando habla para todos; sacaríamos, sí, de ahí un testimonio cierto de sus convicciones; habla siempre y escribe de lo que cree; pero no todo lo que vive, ni mucho menos, sale afuera; las más hondas capas de su espíritu quedan selladas por un silencio celosamente guardado. Aún en buena parte por eso, bucear en sus profundidades secretas excita nuestra curiosidad, con la esperanza de descubrir rasgos interesantes que iluminen el misterio de una vida y de una obra de tanta trascendencia como la de don Julián Sanz del Río.

Afortunadamente tenemos a nuestra disposición una buena colección de *Diarios* y *Cartas* recogida por Pablo de Azcárate³, apuntes íntimos que no creemos hayan sido aún utilizados suficientemente. Intentamos servírnos de ellos para esta radiografía interior. Vamos al Sanz del Río íntimo, y vamos a él a través de sus manifestaciones íntimas, impropia-mente manifestaciones, diríamos, soliloquios (aún en las minutas de *Cartas* o *Discursos* que recurren a veces en sus *Diarios* y donde «se vuelca»), casi con el desdoblado estilo coloquial consigo mismo, al modo de los «Eis eautón» de Marco Aurelio. No omitiremos los testimonios públicos, pasajes de sus escritos o *Discursos*, pero vendrán casi sólo como apoyo de lo testificado en aquellos documentos autobiográficos. No ignoramos que la consulta detallada de todo el «corpus» literario de Sanz del Río, publicado e inédito, revelaría muchos lados de su religiosidad que acaso aquí no sean recogidos. Voluntariamente nos ceñimos de modo casi exclusivo a ese fondo privado en la confianza de deducir de él lo esencial para nuestro intento. Seguros de que ello puede contribuir a la mejor inteligencia del significado histórico de Sanz del Río, con proyección incluso sobre la obra de sus continuadores.

Una última advertencia, creemos que oportuna, referente al estilo humano que separa un poco a Sanz del Río del grupo krausista, o de la imagen que de este grupo se nos ha transmitido. Estamos en el comienzo, y por tanto no valen las circunstancias que rodearon el fenómeno krausista andando el tiempo, en el último tercio de siglo. Levantada la contienda, vino la polémica. Pues bien, frente al estilo y lenguaje agresivo que caracteriza dicho fenómeno años después, en Sanz del Río la polémica brilla por su ausencia; crítico sí va a ser, pero conscientemente evitó, por temperamento y por convicción, todo enfrentamiento público con los tradicionales; sus más íntimos conocedores podrán afirmar de él que «fue respetuoso con las instituciones sociales, aunque disintiese de su espíritu; no hizo jamás como filósofo, como profesor, como hombre público, manifestación alguna contra el catolicismo»⁴.

Ventaja de vivir él una religiosidad que se afirma hacia dentro y ocasionalmente hacia fuera, pero que no vive de negaciones, y que guarda muy recatadamente para sus adentros, y deja de ello constancia en sus escritos íntimos, lo que le merece de comentario la religiosidad de su entorno social. Bien percatado de ello, no quiso utilizarlo como

3 *Sanz del Río (1814-1889)* (Tecnos, Madrid). Citaremos en sigla: SR.

4 SR p. 75.

arma de combate, en un siglo que se disparó, al final sobre todo, hacia una apologética hinchada y retórica. Hoy podremos sacar las flechas de su aljaba, pero sólo para hacer luz, no para derribar endriagos.

I.—EL HECHO

a) *Una anécdota póstuma.*

El 12 de octubre de 1869 moría en Madrid don Julián Sanz del Río. Es enterrado en el cementerio civil, lo que significaba en el entonces un escándalo público, sin asistencia de la Iglesia, sin el acompañamiento de una ceremonia religiosa. Un mes después se hacía eco una revista madrileña, *La Reforma*, de un rumor piadoso que atribuía a Sanz del Río en sus últimos días de enfermedad la intención manifestada de recibir los Sacramentos de la Iglesia. Los testamentarios, hombres de su grupo, lo negaron y adujeron testimonios expresos en contrario; «puede acompañarme un eclesiástico... designado por mí, no otro, en todo caso designo a don Fernando de Castro», había escrito el propio Sanz del Río dos años antes de morir⁵. Curioso y revelador episodio, que se ha repetido más recientemente en nuestro tiempo (casos de Azaña, Lerroux, Ortega) de un deseo casi angustioso, por ambos bandos (!) de atraer a su campo, como una conquista (macabra estrategia de tumba), la muerte de un gran personaje, o convertido al bien en el último momento, o consecuente consigo mismo hasta el final.

El caso es que en los dos testamentos, 1859 y 1866, protestaba Sanz del Río querer morir «creyendo en todos los misterios, artículos y Sacramentos que tiene... la Iglesia Católica Apostólica Romana, bajo cuya verdadera fe ha vivido y protesta morir como católico fiel, cristiano...»⁶. No hay base alguna, más bien lo contrario, para pensar que Sanz del Río se retractó de esta solemne declaración en los tres años siguientes hasta el de su muerte en el 69. Queda para la historia el hecho indudable, creemos, de su sinceridad religiosa, cristiana y católica; no tan claro el modo como entendió y vivió él esta fe.

b) *Pensamiento y vida.*

Es poco decir que lo religioso está presente en la vida y en la obra de Sanz del Río. Toda su formación primera es, no sólo religiosa, sino eclesiástica, en ambientes de Seminario, Cabildos y Centros religiosos. Su entrada a fondo en la filosofía de Krause ya en Alemania le abre un insospechado horizonte religioso, «un sistema que tan esencial y radicalmente trata la ciencia y la vida misma, que puede llamársele una religión (lo cual yo reconozco con pleno asentimiento)»⁷. Con Krause se siente tan emparentado espiritualmente que cierra en él, puede decirse que en exclusiva, sus aspiraciones filosóficas; es un eco de lo que él

⁵ *SR* p. 70.

⁶ *SR* pp. 68-69.

⁷ *Cartas inéditas* [a D. José de la Revilla] publicadas por Manuel de la Revilla (Madrid 1874), p. 17. Citaremos en sigla: *CInRev*.

ya llevaba dentro sin sabérselo formular: «acorde con la doctrina misma que yo he encontrado en mí mismo»⁸. En su sistema encuentra la fórmula de su vida: «nueve años hace que trabajo sobre este sistema de la verdad en Dios... hace pocos días he hallado el sentido y la palabra... Ese es el asunto de mi vida»⁹. Con Krause, y sólo con él, puede entregarse al puro sentimiento seguro de que no desvaría por sendas intelectualmente incontroladas, «cuando me falta el claro conocimiento, me puedo entregar al puro sentimiento con una cierta ciencia de que voy derecho... En las demás filosofías no hay cosa semejante»¹⁰.

La adhesión a este modo de pensar y de vivir rebasa todas las categorías intelectuales y alcanza la altura de una incommovible profesión de fe: «(ni) la razón, ni la verdad, ni Dios faltará al que sinceramente desea y busca la verdad y el bien... Este sentido es enteramente el de la doctrina que profeso y espero profesar toda mi vida y más allá, sin que humano poder o censura o condenación... de arriba o abajo o de mis iguales me haga apartar de ella, porque no hay más que un Dios...»¹¹.

No es preciso, ni era nuestro propósito volver sobre lo bien sabido y aceptado por todos, que Dios y un sentido religioso es el centro y el clima de todo el sistema doctrinal de Krause y, fiel de corazón y de cabeza a él, el de Sanz del Río. Lo que retenemos aquí, y tampoco costará aceptarlo, es que el hombre Sanz del Río hizo de su sistema filosófico algo y mucho más que una doctrina que se asimila cerebralmente y se profesa de palabra; decisivo para entender el hecho de Sanz del Río es que su vida privada y académica quiso ser, y podemos afirmar que fue, una encarnación de aquel sistema.

Sus testimonios íntimos, los que no van a la publicidad sino traducen su vivir real, concretamente sus Diarios, no hacen sino reforzar esta impresión. Dichos diarios bien pueden calificarse, sin forzar las cosas, como un Diario espiritual; en él se analiza, se reconviene, se estimula a sí mismo; en él vierte con gran sinceridad y crudeza a ratos sus juicios de las cosas, su visión de la vida, de la historia, de la Religión, de la Iglesia, de España. Con la peculiaridad, en orden a la autenticidad de esta autorrevelación, de que también es del estilo de Sanz del Río el ir poniendo en sus escritos «privados» la evolución de su pensamiento, sus reflexiones y juicios muy libremente, antes de asumir el compromiso de darles una expresión definitiva y pública¹².

II.—RELIGIOSIDAD CONTRA RELIGIOSIDAD

Hemos dejado constancia de que Sanz del Río no es, en su estilo de pensar y hablar, polémico; incluso fue «respetuoso» con el catolicismo ambiental. Hasta, apuntan sus íntimos, tal actitud de respeto pudo falsamente interpretarse como señal de adhesión a la Iglesia oficial. Este

⁸ *CInRev* p. 11.

⁹ *SR* pp. 160-61.

¹⁰ *SR* p. 152.

¹¹ *SR* p. 283.

¹² *CInRev* p. 95 (Carta VI).

respeto no fue, sin embargo, mero comportamiento social, ni mero reflejo del carácter personal «que le vedaba alternar con juicios de partido en las apasionadas contiendas»¹³; ni menos aún, desinterés o neutralidad; lo religioso, como idea y como situación histórica, pasada o presente, penetra poderosamente en su reflexión interior y le arranca, en lo secreto de su soliloquio, impresionantes y tajantes apreciaciones. Gracias al no publicitario destino de sus escritos privados.

a) *Crítico de una situación.*

El verbo de Sanz del Río se hace duro e implacable al enfrentarse con la realidad española en el preciso campo de lo religioso. Crítico hasta el fondo. Vuelve sus ojos a aquella realidad nacional, con dolor, pero con paz. Se sitúa a sí mismo dentro del espíritu crítico que él detecta como un nuevo signo de los tiempos, «sentimiento instintivo de su propia independencia [del espíritu] y de su derecho a juzgar todo lo que se realiza en la vida exterior», y desde ese espíritu reflexivo y crítico advierte diversas posturas frente a la religión «en su forma actual», que en unos produce descontento, en otros impiedad o incredulidad, y en los mismos responsables y llamados maestros, hipocresía¹⁴. Con el símil de un cuadro pictórico, aquí hay «bellos accidentes, mucha expresión, abundancia de contrastes..., pero mal dibujo, poca verdad, poca consecuencia... por eso desamamos nosotros mismos nuestra historia»¹⁵. Sensación de vacío y necesidad de partir de cero¹⁶.

Todavía en su retiro de Illescas, en el año 1852, antes de empezar sus Cursos académicos de Madrid, sumergido en la tarea de traducir diversas obras alemanas de filosofía krausista, de historia, etc., sin duda desde una impresión excesivamente negativa por el contraste, y después de una comparación discriminante del espíritu religioso alemán como hombre frente al espíritu religioso español como mujer, derrama su visión de lo español religioso con palabras extremadamente serias que, por su significado excepcional para evidenciar los fondos espirituales de Sanz del Río, su apreciación de lo que ve, y las tendencias de su ideal, merecen una citación más extensa: «la España religiosa se ha vestido el hábito de la religión... pero la voz interior no ha tocado su corazón... Nada hay más repugnante a una Religión pura y humana que el egoísmo con que la España religiosa se cree... un hijo privilegiado de Dios... Hoy ve, aunque no quiere, la desnudez religiosa de su espíritu. Hoy tiene que preguntarse... ¿Qué has hecho de laborioso para Dios...? ¿Por qué no has buscado a Dios en los caminos de la vida? Ahora, pues, el Dios que no has buscado no te aguarda... ¡aquí una larga enumeración de esos caminos de la vida: individual, familiar, social, científica, política...!. Por todas partes a donde vas, en todos los caminos que tomas ves sólo el lado falso, el malo y lo sigues; porque has vivido falsamente muchos siglos con tu Hombre interior y con tu Dios; porque has comerciado con el escándalo y el vestido religioso y

13 SR p. 76.

14 SR p. 337 (Carta a D. Juan de Cueto).

15 *CinRev* p. 81 (Carta IV).

16 SR p. 285. (Carta a [Fdo. de] Castro).

cegado con esta apariencia no has cultivado el Dios del corazón y del espíritu y el Dios de la vida... Hoy la apariencia religiosa se desvanece aunque quieras correr tras ella. ¡Dios ha dejado nuestros templos!... ¿Quién quebrantará la cabeza de tu naturalismo religioso? ¡Oh España impía, endurecida! ¿Piensas que no necesitas pensar en Dios, sentir a Dios, porque crees servilmente en Dios? ¿Piensas que cubre tu pecado común delante de Dios el número de tus hijos, la grandeza de tu cuerpo, la gloria mundana de tu historia? ¿Piensas que has cumplido delante de Dios mediante la Humanidad religiosa terrena (la única Mediadora viva) cuando traigas al juicio tus méritos, diciendo: He matado 100.000 infieles en un año; he quemado 14.000 herejes en tres años?»¹⁷.

Sólo un escrito «clandestino», desahogo personal a puerta cerrada explicará esta explosión literaria, en la que más que amargura o masoquismo (aunque para alguien lo rozaría por aquella propensión del español crítico a hipervalorar lo extraño y subestimar o condenar lo propio), habrá que escuchar como una voz profética, indignación de celo devorante, salida de un espíritu que quiere vivir de verdad y encuentra a su alrededor establecida la mentira, una religiosidad pletórica de palabras y de orgullo suficiente, vacía de un pensar y un sentir hacia dentro aquello en que se cree. Naturalismo es en el contexto, y en la terminología de Sanz del Río, lo opuesto al «espíritu», a lo interior; exterioridad en ritos, pompas, «vestido», apariencia, que suple el alma. Y, como fruto cantado en glorias, montones de vidas sacrificadas en aras de un ideal sospechosamente religioso, con tantas implicaciones políticas y, en todo caso, con inhumano fanatismo. Una religiosidad que ignora al hombre so pretexto de Dios.

b) *El clero.*

Si sobre el conjunto cae esta severa reconvención, se acentúa su dureza al hablar del clero, los «maestros». En éstos ve Sanz del Río ignorancia, ociosidad, riqueza desproporcionada a su trabajo, influencia excesiva y rutinaria sobre el pueblo. En otro contexto¹⁸, hablaba, refiriéndose a ellos, de hipocresía; en el presente pasaje les atribuye «indiferentismo»; indiferentismo ha de significar aquí falta de convicción, rutina sin alma que deja ir las cosas por los cauces de la costumbre y de la presión ambiental, sin fuerza para crear e infundir espíritu, fe verdadera, ni para llenar los vacíos de esta fe.

c) *Religión excusa.*

Un buen test para calibrar esa fe verdadera es su traducción en obras de respuesta y fidelidad a las exigencias de la vida. Sanz del Río no se plantea el problema de la alienación socio-económica, de base religiosa, ni creemos que haya tenido nada que ver con los movimientos sociales que están ya en marcha en estos mediados del siglo XIX, pero no menos claramente que Marx descubre y denuncia un modo religioso de entender esta vida como un pretexto para la «otra», y esta otra como

¹⁷ SR pp. 187-89.

¹⁸ SR p. 337.

el sentido y justificación de la presente, un Dios y una vida «después» que sirven de excusa y hacen desentenderse de la de ahora, lo que en definitiva es ponerla a tiro y presa de los vividores aprovechados. Sanz del Río ve en esta desviación con su cadencia medieval una «distracción del espíritu», una «salida de sí mismo», una «enajenación de Dios en este tiempo y en esta vida». Sin recurrir al «opio» de Marx, su voz de profeta (siempre, claro está, gritos que resuenan sólo en el interior de su reflexión encendida, a puerta cerrada) querría despertar al que duerme, si bien queda en voz que clama en el desierto¹⁹: «La voz de las falsas creencias (de las ciegas creencias —puntualiza el mismo Sanz del Río—) es sagaz... Si la sigues hoy, mañana te dirá con razón aparente: Si ayer me creíste, debes creerme hoy».

La rutina y la pereza, aliados del engaño sagaz, engaño que coge al pueblo, seguramente entendido por Sanz del Río desde la base hasta sus alturas; no hay ciertamente la antítesis dialéctica de Marx de una suerte para los engañados con opio y otra para los que se sirven de ese pueblo drogado. Tampoco es un Marx declarando la fe en lo trascendente, Dios y la otra vida, como esencialmente alienantes. Muy al revés Sanz del Río mantiene una postura «conservadora»; no es la Religión ni la otra vida lo denunciado como alienador, sino las «ciegas creencias», el modo ciego, ciego de razón, de ejercitar esas creencias. Es aquí donde la creencia en Dios, la fe en el hombre, habría de mostrar su eficacia para salvar al hombre y devolverle su libertad. «Si aquí no te salvas tú con la ayuda de Dios y de nuestra común Humanidad, ¿dónde te salvarás? Si aquí no sacudes la servidumbre de la naturaleza, ¿cuándo y dónde piensas comenzar?»²⁰.

d) *La «verdadera piedad».*

En una fecha, suponemos, algo temprana y en un contexto intraeclesiástico, en carta al Presidente de la Real Academia Eclesiástica de Toledo, se atreve Sanz del Río a desarrollar una definición y una aplicación de la «piedad verdadera», sin duda como testimonio de sinceración y como sugerencia de programa pedagógico desde la fe; aquí vierte sus conceptos al parecer arreglados a un patrón plenamente satisfactorio para un eclesiástico de significación social. Junto a una serie de exigencias depuradoras de viejos vicios, los enemigos históricos de esa verdadera piedad («combatida por el gentilismo (pagano) y por las herejías», desconocida en otros tiempos por el «furor brutal del vandalismo encubierto por el enredado y sutil escolasticismo», atacada con «frenesí violento por algunos hijos espúreos de las revoluciones», «enemiga siempre del fanatismo como de la corrupción»), pasa Sanz del Río a notar los lados positivos de esa fe auténtica; la quiere encarnada en la realidad de cada día, con «influencia en la Sociedad... cada día más visible y marcada... se junta a la política y a la legislación, ayuda a la naturaleza... se asocia a las instituciones políticas y estrecha los vinculos

19 «Mi voz suena en medio del desierto. Despierta, pueblo; sacude la voz engañosa que te señala un tiempo y una vida más allá para que no mires tu miseria, tu servidumbre, tu enajenación de Dios en este tiempo y en esta vida». *SR* pp. 146-47.

20 *Ibid.*

de la Sociedad con los vínculos del Evangelio y la Humanidad»²¹. Bien evidente que no apunta aquí Sanz del Río a contubernios político-religiosos, a la peor alienación religiosa, alianza de la religión con el poder, sino sólo a la mejora del hombre, en su vida real. Pero mejorar al hombre no es, de nuevo, un escaparse a una espiritualidad desencarnada con que se disfrazó a veces una fuga del mundo y un abandono del quehacer terreno. Sanz del Río asimila sistemáticamente la doctrina de la Naturaleza de Krause, una Naturaleza comparte y consocia del Espíritu en ascendente caminar hacia la Esencia, Dios, pero no menos la integra en sus convicciones vitales, en sus apreciaciones de la situación española, de sus usos y de su misma historia.

e) *La muerte.*

Muestra clara de esto último es su reacción crítica a la sospechosa e inquietante para él exaltación de la muerte en nuestra literatura y en nuestro arte. Hay una larga serie de pasajes coincidentes en sus Diarios: «Con impía piedad nuestros padres temían manchar el espíritu al contacto con un cuerpo»²²; la evocación de Toledo, alta expresión de la España histórica, religiosa y artística, espacio familiar a Sanz del Río por su antigua permanencia allí, le trae con horror indisimulado imágenes de muerte, muerte en su propia figura y muerte pintada en los rostros trascendidos de nuestros «Venerables»: Entierro del Conde de Orgaz, el Salvador del Greco, el Cielo de Jordán, el S. Francisco, el sepulcro del Cardenal Tavera. Es sin duda un momento bajo del espíritu de Sanz del Río, poco propicio para sentir entonces la elevación de aquella maravillosa pintura, y en que sólo recoge como una morbosa exaltación de la muerte, un hundimiento del valor del cuerpo, de lo natural, de lo de acá; le resulta una belleza falsa y una mala intención: «El semblante de nuestros antiguos Venerables es la expresión de la muerte de la Naturaleza en sí mismos»²³. En otro pasaje a un propósito distinto, le ocurre una expresión que, por lo aparentemente inmotivada y por lo fuertemente descriptiva viene también a reforzar esta imagen tétrica de lo español: «La tierra del cementerio que es esta tierra de España que cubre el espíritu español»²⁴.

f) *Lo cristiano medieval.*

Más allá de lo español habrá que ver en Sanz del Río una interpretación crítica, no menos dura, por más general y profunda, del cristianismo tomado en el conjunto de su historia, presente y lejana, particularmente la medieval, de la que considera la española presente una literal continuación en sus aspectos negativos. Especialmente dura la caracterización de la religiosidad medieval marcada por la intransigencia, la suficiencia, el rechazo de la «voz de los reformadores» (entiéndase críticos), y sobre todo por el desviado afán de apartar al hombre

21 SR pp. 313-14.

22 SR p. 202.

23 SR p. 171.

24 SR p. 285.

de su vinculación a la tierra, «cortar poco a poco el uso de la vida y los bienes de la vida», lo que es para Sanz del Río, entre otras cosas, cobardía, «eludir la cuestión y no hacer frente a ella»²⁵. Cobardía y pereza espiritual revestida de misticismo. Curiosa descripción de esta evasión pía y sublimada, referida sin duda a las formas de espiritualidad retirada en los monasterios y desiertos: «en el silencio del mundo el hombre gozaba de Dios»; «placer peligroso... a este abandono se seguía un desfallecimiento de las restantes fuerzas... llevado de este placer tentador, dejaba crecer en sí el desabrimiento de la vida»²⁶.

Mirado así en general no sería fuera de propósito descubrir en Sanz del Río un eco erasmiano que vendría tráficamente a renovar aquí en España el lado más renacentista de Erasmo, no el de la galanura de estilo, ni el de las desviaciones teológicas impropriamente atribuidas aquí en su tiempo a los erasmistas de toda clase, sino el Erasmo crítico de la espiritualidad medieval por excesivamente recelosa del mundo y lo natural, crítico de las maneras ascéticas conventuales erigidas en ejemplos de cristianismo perfecto con la secuela de «desprecio del mundo» y huida de él para dedicarse al espíritu. Al criticar Sanz del Río este cristianismo medieval saluda los comienzos en España de una manera más moderna y más humana, y aún con ello más evangélica, de entender la religión; «España en estos primeros días de libertad hace libremente lo que en siglos anteriores le han enseñado y mandado hacer esclavamente»²⁷.

g) *Libertad y responsabilidad.*

Lo de «esclavamente» apunta muy derecho a la libertad y responsabilidad personal que postula Sanz del Río en todo lo referente a la religión. No era sólo ni lo más grave la exterioridad, la ignorancia, el fanatismo de la «piedad». Más sensible es para él la interposición, entre Dios y el hombre, de unas mediaciones humanas, que son siempre condicionadas e históricas. También mira con prevención todo aquello que, en fuerza de añadidos gratuitos, aún en nombre de Dios, coarta la iniciativa y la responsabilidad total del hombre. Una autoridad «humana», hablando e imponiendo en nombre de Dios, y un orden de «gracia» que suple en algún modo al hombre, entra difícilmente en la concepción religiosa que se ha prescrito a sí mismo; en esto, sin género de duda, más sabe a estoico que a cristiano su lenguaje; en esto también en línea con la tendencia del humanismo renacentista y del hombre moderno en general; un hombre a solas, con su Dios, pero desprovisto o descargado de tutelas. El único intermediario, mejor, Mediador más que auxiliador, la «única Mediadora viva», la Humanidad donde se integra, no donde se refugia el buen krausista: «para que el espíritu humano sea digno de Dios... y Dios reine con verdad en nosotros, no en figuras, ni por fe, ni de gracia, sino de verdad y de justicia, como es digno de Dios y de la Humanidad»²⁸.

25 SR p. 149.

26 SR p. 142.

27 SR p. 164.

28 SR p. 203.

h) *Primado de la conciencia.*

Primera y máxima expresión de esta libertad en lo religioso, es el respeto de la conciencia; lejos estaba el Vaticano II que refrenda solemnemente, en nombre de Dios y de la religión, este respeto a la libre opción del hombre más allá y aún al margen de su verdad o falsedad objetivas, más cerca y presionante un entorno político y eclesiástico bien poco respetuoso para aquella radical condición libre del individuo. El célebre *Discurso* inaugural de 1857, donde Sanz del Río arriesgó la primera declaración pública de sus ideas, es, en varios pasajes centrales, un canto a la libertad; la vida entera del hombre la presenta como «el teatro y testimonio permanente de nuestra libertad». «la que no aprendemos en la escuela, en el tribunal ni en el templo; la llevamos aprendida, la ejercitamos antes de conocerla»; nada vale cuanto hacemos si no lo hacemos en libertad, «si el hombre no causa su vida». En ello imitamos a Dios, «que crea y conserva... con libertad»²⁹.

Pues bien, lo más importante y fundamental de este vivir en libertad es lo religioso, lo más personal, lo que acontece entre Dios y el hombre en lo interior de éste: «escuchar a Dios invisible en el santuario de la conciencia»³⁰. Religiosidad en libertad que equivaldrá a pureza de intención hasta la raíz. Para nada debe servir, es decir, subordinarse, la religión; ella un fin en sí; casi textual la cita de Kant en su tercer fórmula del imperativo categórico, aplicada, no directamente a la humanidad, sino a la religión, «mira este hombre la Religión, como fin último, jamás como medio para un fin ajeno»³¹. Al entonar este canto a la libertad alude Sanz del Río con visceral rechazo a los usos contrarios a esta libertad precisamente en el terreno religioso. Ahora es en el Diario, donde se expresa con más suelto estilo: «en la vida social religiosa corta [nuestro tiempo] de una vez para siempre la usurpadora e impía profanación del santuario de la conciencia»³².

i) *Corte, conversión, reconversión.*

Sería presuntuoso y un poco «impío», al decir de Sanz del Río, invadir nosotros ahora el santuario de su conciencia para reconstruir el proceso religioso que se operó en él y le llevó a las apreciaciones críticas y posturas personales que hemos visto. Sus testimonios tan personales e íntimos nos autorizan para emitir, no obstante, algunas hipótesis. Indudablemente corta él con la corriente general o la rutina ambiental. Este corte podemos fundadamente sospechar que no se produce con las angustias de una crisis personal a la manera de Unamuno; nada refleja él de un trauma sangrante; tampoco, y es mucho más claro, hay en él la fría, al menos afectada, neutralidad de Ortega. En Sanz del Río opera decisivamente, imaginamos, en primer lugar su temperamento reflexivo vuelto a todos los lados de su entorno humano, social, inte-

²⁹ *Discurso pronunciado en la Universidad Central... en la solemne inauguración del año académico de 1857 a 1858*. Edic. de Eloy Terrón, *Textos Escogidos* (Ediciones de Cultura Popular, Barcelona 1968) pp. 197-99. Citaremos en sigla *TE-D*.

³⁰ *TE-D* p. 192.

³¹ *TE-D* p. 207.

³² *SR* p. 206.

lectual y filosófico; Krause le brindaba una solución muy personal, más que Hegel que es siempre para Sanz del Río el entendimiento abstracto, una solución bastante llena de sentido para verter en el sistema de Krause no sólo una visión del mundo, sino la vida entera con su componente religiosa.

Desde esta plenificación espiritual, testificada con euforia por Sanz del Río desde primera hora, el panorama español religioso, y aún el cristiano en general, le resultaba poco convincente, no sólo flojo de religiosidad, sino dañado en la raíz por las implicaciones no religiosas que lo abrumaban hasta vaciarlo de contenido; en vez de lo absoluto que domina toda circunstancia, veía en aquel mundo religioso por todos lados lo relativo, lo histórico y lo contingente; Krause le ayudaba además a ver todo lo histórico como fases de un proceso en marcha. Su opción por la seriedad y verdad de la que pueda él vivir, no meramente seguir la corriente, le lleva finalmente a relativizar todo lo que para él se ha hecho relativo y a sentirse interiormente libre para reorganizar desde sí mismo, en libertad y verdad, su universo religioso.

Le queda muy firme, inconvencible, la fe en Dios, no el de los filósofos (sólo teoría), ni el de los teólogos al uso o el del vulgo (idolatría grosera o refinada), sino el vivido en la conciencia sincera, culta o inculta (interesante mención aprobadora de la piedad popular cuando es genuina y viva)³³. Aún rompiendo exteriormente con la «Institución» oficial, de esto no hay duda, creería él mantenerse en comunión con «el cristianismo vivo del espíritu», que contrapone él al cristianismo «histórico»³⁴, y del que sería expresión válida la «primitiva sociedad cristiana»³⁵. A este cristianismo vivo se «convertiría» o «reconvertiría» Sanz del Río en un movimiento interior que es para él, en paz y seguridad, la «otra» alternativa.

III.—NUEVAS VIAS DE RELIGIOSIDAD

a) *La historia, el espacio de Dios.*

Puede ser esto el rasgo más específico del giro religioso de Sanz del Río cuando se pone a trazar los nuevos caminos del ser religioso del hombre. Hombre ya en libertad, organizando y fundando su vida desde sí mismo; libre hacia dentro; libre *de*, diría Nietzsche; ahora libre *para* qué. Lo primero, reconocer que lo religioso no se agota en la referencia interior del hombre a Dios, con olvido (al modo medieval) de todo lo demás, o, peor todavía, con referencia de todo a sí mismo y en definitiva refiriendo el mismo Dios a sí, al propio destino: «no veía más que a sí mismo en el último fin de la vida...; le bastaba aislarse del todo o prescindir de él y oponerse a él, o referir el todo a sí mismo»³⁶. En contraposición, el hombre moderno (siempre convencido Sanz del Río de que

33 SR p. 276. Narra y reflexiona sobre el encuentro con la aldeana antigua niñera suya después de 40 años.

34 SR p. 177.

35 SR p. 314.

36 SR p. 134.

ha comenzado aquella reconversión general) «comienza por reconocer que se halla bien aquí... en su siglo, en su pueblo, en su familia, en sus círculos familiares... necesita ser positivo para estas esferas ... Tiene que reconocer que Dios se ha acercado un grado más al todo en que él vive... De aquí no le basta ya una religión puramente sobrenatural y milagrosa que salve el infinito vacío (distancia) en que el hombre y la Humanidad de la Edad Media estaban de Dios»³⁷.

Si en el Renacimiento comenzó el hombre europeo, creyente por suposición, a descubrir que este mundo era bueno y bello y que valía la pena ocuparse de él, sin que esto fuera hacer injuria al Creador, mirándose incluso el hombre como un continuador y cooperador de la obra de Dios (Nicolás de Cusa, Pico della Mirandola, Giordano Bruno), ahora, en la dirección de Krause y Sanz del Río con él, el quehacer en el mundo se eleva a ejercicio directo de la religión; el servicio de Dios no está simplemente en hacer *bien* lo que tiene que hacer (superado el hacer algo más, o aparte, o *en distancia* moral, con lo que hace normalmente), sino propia e inmediatamente en el mismo empleo del ser activo del hombre señalado por su naturaleza, «en el cultivo de todas nuestras fuerzas, facultades... está cifrado nuestro fin inmediato e inmutable, nuestro destino según Dios, el real y eficaz mediador de nosotros a la Divinidad»; «conservando y desenvolviendo armónicamente nuestra naturaleza cumplimos la ley de Dios»³⁸.

Hoy diríamos acaso naturalismo o, en términos teológicos de la hora, horizontalismo; en Sanz del Río habría que invertir el sentido; no es bajar lo religioso a fundirse o diluirse en lo profano, sino sumergirse en lo natural como en el espacio de la acción de Dios, «con Dios», es decir, religiosamente; no montar un enganche artificial de la obra humana con una intención que mira arriba, sino tomar el obrar humano normal con una comprensión refleja de su valor religioso. Está convencido Sanz del Río de que la Humanidad y toda la Historia «...realizan en sí las esencias divinas»³⁹. La vida entera es mirada como una flecha lanzada a Dios ya desde su comienzo; «la raíz de la vida que se agarra en el niño a las entrañas de su madre, se mueve en el joven hacia el seno de la Humanidad y se arraiga en ella, para extender en la Historia sus ramas y elevar hasta Dios sus flores y sus frutos»⁴⁰.

No es que sea la historia humana, sin más, la realización del Absoluto, como en Hegel, ni menos que todo en ella obtenga su categoría lógica de sentido y justificación; pero sí que todo lo que «se arraiga y dura y progresa armónicamente [categoría de rectitud y justificación en óptica krausista] ...es para nosotros legítimo»; es dado mirar así la historia como «un grande espectáculo... indagar religiosamente el progreso del destino humano en el campo de la propia libertad y vida bajo la presidencia de Dios»; porque en definitiva «en la historia misma está

37 SR *ibid.*

38 *Introducción a la Metafísica Analítica*. Edic. de Eloy Terrón, *Textos Escogidos*, pp. 105-6. Citaremos en sigla: *TE-MetAn*.

39 SR p. 162.

40 *TE-D* p. 181.

y obra también Dios y la religión de Dios, tanto por lo menos como en las fórmulas humanizantes de la religión o de la política de un día»⁴¹.

Es siempre el signo integrador del pensamiento krausista y Sanz del Río; supuesta aquella legitimidad, por la armonía edificada en cada forma particular, se salva el sentido de integración y totalidad que cubre todas las formas y las convierte en una marcha única solidaria con Dios y el hombre como actores del drama. Sólo Dios puede dar a plenitud a cada momento de su acción ese sentido de totalidad, que es tanto como de divinidad y eternidad, en la acepción espinoziana de eternidad; pero Dios así es el modelo a cuya imitación aspira el hombre que ha llegado a tomar conciencia profunda de su situación y papel en la historia humana. Toda esta elevación de proyecto vital es el motivo con que arranca el *Discurso* inaugural del año 57; «venimos al tiempo con la idea de la eternidad, recreamos nuestras fuerzas en la virtud divina; ...sólo Dios, presente a todos los tiempos, sabe hacer el uso último de cada hora útil de la vida». A nosotros nos cumple, en nuestra limitada medida, laborar por aquella armonía que hace la historia «buena», atacando y resolviendo en cada momento las oposiciones en que estamos inmersos; «convertir ...esas oposiciones históricas en armonías llenas de verdad y de bien, a cuyo conocimiento y fiel cumplimiento es obligado el hombre en la luz de la razón, en la voz de la conciencia...»⁴².

b) *La Ciencia.*

Ese es para Sanz del Río «el fin último religioso»⁴³ de la vida del hombre. En él tiene un puesto privilegiado y necesario la ciencia. Si no todos van a poder ser sabios, sí el saber y la cultura deberán estar abiertos a todos; la racionalidad es base imprescindible de su libertad. Es un camino nuevo que muy intencionadamente inicia Sanz del Río. Frente a la subestimación del saber, de la cultura, de la ilustración, que por todas partes respira en esta su España de los años 50 del pasado siglo. Saber, todo saber, también el moderno, también el de la filosofía y ciencia modernas. Mala literatura tenían en el ambiente español. El siglo XIX, bien sabido es, señala el más alto punto de conflicto entre el saber humano y fe religiosa; las incidencias del conflicto, tumultuosas y desgarradoras para muchos espíritus culminarán en los durísimos documentos romanos que frenan los anhelos de progreso y el desarrollo de las formas sociales de libertad. Sonaba a axioma la oposición irreconciliable entre filosofía (la que no fuera tradicional, escolástica) y religión.

En este ambiente enrarecido proclama con decisión Sanz del Río que el espíritu de Dios reina en la base del mundo científico⁴⁴. Larga sería la lista aducible de pasajes donde asienta convencido la no incompatibilidad de ciencia y fe, más concretamente entre religión y filosofía⁴⁵. Tengamos en cuenta, para la valoración de su postura, la amplia difusión y arrai-

41 *SR* p. 209.

42 *TE-D* p. 174.

43 *TE-D* *ibid.*

44 *TE-D* p. 213.

45 Ver *CInRev* p. 19; *SR* pp. 170, 211, 301.

go en España de las corrientes tradicionalistas de la primera mitad del s., eco en parte de las francesas; casos aquí de nuestro Donoso y luego toda la familia de apologetas predicadores y políticos ultramontanos. Con gran firmeza reacciona Sanz del Río contra la tesis elocuentemente desarrollada por Donoso en su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, acabado de publicar, 1851; protesta (en su Diario) que no es la religión a la que quiere ser fiel Donoso la que él propugna. Aboga él por un Dios conocido y sentido en el corazón, es decir, encontrado en lo interior del hombre, donde entra en juego toda la actividad natural, sentidos, fantasía, corazón, «porque un Dios racional, no un Dios milagroso ni un ídolo piden los tiempos presentes»⁴⁶; «la religión es patrimonio... no sólo del corazón y de la fe, sino de la razón sana...»⁴⁷.

En el más puro sentido tradicional vuelve Sanz del Río al agustiniano, anselmiano y en definitiva escolástico «fides quaerens intellectum»⁴⁸. Todavía apoya esta exigencia con una larga cita de pasajes de la Escritura, de manuales de Teología escolástica y del mismo Santo Tomás; no basta asentir, creer con fe y amar; pide la misma fe el trabajo de la inteligencia, pide ciencia⁴⁹. La misión de enseñar que confiere la sociedad a los que ha preparado para ello la Universidad, la cubre con el religioso calificativo de «sacerdocio intelectual»⁵⁰.

Valor oracional, no sólo religioso, atribuirá a la dedicación a la ciencia; el amor a la ciencia es mirado como «una devoción y oración diaria a la Inteligencia divina»⁵¹; en el trabajo de buscar la verdad estará Dios presente para «manifestarse» a los que «trabajando, luchando, venciendo, han merecido conocerla [la verdad]»; no tendrá para ellos ocaso «la luz de la razón»⁵². Hablará del «espíritu divino de la ciencia», de los edificios del saber (Universidad) como de «templos de la ciencia»⁵³.

Nota particular de ese amor a la ciencia es la disposición del ánimo siempre abierto a más; en esto al revés de una fe parada en la receptividad pasiva de un mero asentimiento; la ciencia, toda ciencia, y se incluye la teológica, es abierta a lo nuevo; busca incesantemente; no detiene su marcha ante un gran monumento o un gran personaje, una gran estrella; «buscad... y si descansáis en algún hombre o palabra o poder humano, levantaos pronto en nombre de la libertad y de la sana razón... preguntar... si... no ha llegado alguna voz interior que os guíe como nueva estrella a más alta región»⁵⁴.

Abierta y humilde; otra estimación de prejuicio ambiental, la pretendida soberbia de los filósofos. Estos no son dogmáticos, sino buscadores, al revés del orgullo suficiente de una fe que se fija y encastilla en sus «ídolos», tal muchas veces la teología y la filosofía de la tradición; tradición y filosofía son contrapuestas y juzgadas en este respecto con

46 SR p. 201.

47 SR p. 170.

48 SR p. 301.

49 TE-D p. 193.

50 TE-D p. 222.

51 TE-D p. 211.

52 TE-D p. 222.

53 SR p. 247.

54 SR p. 187.

claro veredicto de favor para la filosofía, para la razón filosófica⁵⁵. Justamente para obviar la cerrazón y suficiencia de un saber tradicional, o frenar su nociva influencia, llegó Sanz del Río a proponer, en los años de su retiro en Illescas tras el viaje a Alemania, la supresión de los llamados Seminarios Mayores y la creación de, a lo menos, dos Facultades completas de Teología liberal, con la exclusiva para éstas de extender grados mayores⁵⁶.

c) *A Dios por la ciencia y la filosofía.*

No sólo es rehabilitada la ciencia en un contexto religioso; se convierte en un bueno y necesario camino hacia Dios. Y dentro de la ciencia, la filosofía; para Sanz del Río lo era; así lo testimonia y lo propone como vía expedita para todos. No le impide a él su ser cristiano; lo dirá como un reto a los negadores de aquella junta; «como filósofo a la vez y como cristiano y católico»⁵⁷. «Una filosofía trascendental y una religión trascendental... deben elevarse a una filosofía religiosa». Para él es «la filosofía de la Humanidad»⁵⁸. Todo el *Ideal de la Humanidad para la vida* lo resume en sus apuntes de Diario como «un acto de fe racional»; «eleva y fortifica cuando se ve al filósofo concertar en nombre de la razón con las doctrinas fundamentales de la religión»;⁵⁹. La ciencia, en definitiva, no es buscada por sí misma, sino como vía a la realización del hombre en el plan total de Dios; «sólo de la razón sana ...espera la Humanidad una ley de vida...»⁶⁰, «si la ciencia ha de ser buena según la ley de Dios»⁶¹. Aunque al final, y por dicha para la filosofía, vía y término pueden venir a coincidir: «filósofo eres para ser más y mejor hombre, así como eres hombre (hombre justo) para prepararte a ser filósofo»⁶².

Toda promoción intelectual del hombre es considerada como una posibilidad y exigencia del espíritu. Se ve en ello un fondo religioso, dentro del sistema. Ahí habrá que poner el origen, la intencionalidad humana y religiosa que animará, después de Sanz del Río, en sus continuadores, el ideal pedagógico a nivel social universal en extensión de sujetos y en amplitud de enseñanzas. Buen campo, de necesidades y posibilidades para ello les proporcionaba este rincón atrasado de Europa. Urgencia y pasión por la pedagogía, a comenzar por la más elemental, para mostrar al español el camino de ser hombre, el hombre nuevo, en el que sueña Sanz del Río; como un tributo y servicio a «nuestra civilización cristiana e ilustrada y a nuestra Humanidad»⁶³.

d) *La Moral.*

Si, para la ciencia y la filosofía percibía Sanz del Río en el ambiente español toda suerte de rechazos, en el terreno moral advertía una preocu-

55 *SR* p. 264.

56 *CInRev* p. 82. (Carta IV).

57 *SR* p. 301.

58 *SR* p. 216.

59 *SR* p. 137.

60 *TE-D* p. 192.

61 *SR* p. 132.

62 *SR* p. 160.

63 *TE-D* p. 174.

pante absorción de la ética por la moral religiosa o teológica. Con la penosa comprobación de que una moral así reducida a la moral religiosa, a religión, resultaba en el ambiente nacional tan vacía e inoperante como la misma religión, inoperante para sostener una concepción y una praxis ética de la vida: «la Religión... como elemento constitutivo fundamental de la vida humana en cuanto es vida moral no existe en nuestro país»⁶⁴.

El apuntar unilateralmente al «más allá» tenía de reverso, no sólo un olvido del «más acá», sino el naufragio de sus exigencias morales a poco que se enfriara o se desviara el «sensus» religioso. Sobre este olvido o relegación, las desorbitadas componentes de temor y de esperanza tántas veces interesadas y estrechas, ineptas para promover una vida éticamente creadora, ancladas en la pereza de una obediencia servil o en la hipocresía de la letra muerta; «desacostumbrarnos de la moral servil de la obediencia pasiva, o la interesada del temor y la esperanza, o la hipócrita de la letra muerta, o la perezosa y estacionaria que pone nuestro destino fuera de nuestras obras... y acostumbrarnos a la moral libre de la razón, a la generosa del amor, a la sincera del espíritu sobre la letra...»⁶⁵.

En la *Introducción al Ideal de la Humanidad para la vida*, pone Sanz del Río en el conocimiento científico las bases del obrar humano; «hallar en el conocimiento... los motivos... de obrar del individuo para con la humanidad»⁶⁶. Y en carta a José de la Revilla afirma haber encontrado en el sistema de Krause «un fundamento seguro de Bien, regeneración de virtud y vida»⁶⁷. En esto confluyen filosofía (la suya) y religión, «concertando... el sentido racional y el religioso bajo el principio absoluto de la moral... el fundamento de nuestra vida»; «bella armonía entre su conciencia moral y su conciencia religiosa»⁶⁸. No le importa a Sanz del Río contradecir a Kant poniendo a Dios, no sólo como coronamiento, sino en la fundamentación de la moral, sin que por ello peligre de caer en una moral menos absoluta, ni en rigor en una moral heterónoma; «conoce en la ley moral la manifestación de Dios como voluntad infinita a nuestra voluntad personal finita»; «el que contempla en Dios el principio y fin de la vida imprime a toda su conducta la dirección inmutable del bien por el bien»; «en virtud del precepto de Dios la voz del deber es absoluta»⁶⁹. Subsiste el espíritu de la autonomía kantiana: «asimilándonos la ley como si nosotros mismos la dictáramos»⁷⁰.

Así resulta una moral, no perezosa ni estacionaria, sino abierta y «progresiva». Un programa de acción espléndido y estimulante: «pensar, amar, obrar, hacer bien, dejar señal, imitar a Dios, conquistar su amor y sus bondades»⁷¹. A una moral de este modo inspirada por la razón

64 *SR* p. 336. (Carta a D. Juan de Cuetto).

65 *Introducción al Ideal de la Humanidad para la Vida*, edic. de Eloy Terrón, *Textos Escogidos*, pp. 236-37. Citaremos en sigla: *TE-IHV*.

66 *TE-IHV* p. 235.

67 *CInRev* p. 49 (Carta II).

68 *TE-D* p. 207.

69 *TE-D* pp. 207-8.

70 *TE-IHV* p. 237.

71 *TE-D* p. 211.

y la filosofía no le falta nada para ser al mismo tiempo religiosa que abarca de verdad toda la vida del hombre como hombre: «Toda obra útil que derrama alguna luz o trae algún bien, o funda alguna armonía en la vida, es... obra religiosa»⁷².

La estrechez individual y aún egoísta que cobijaba fácilmente una moral tradicional exclusiva y abusivamente religiosa, queda al pronto superada por una moral de la altura humana que propugna Sanz del Río. Inspira un obrar atento, no sólo al provecho propio, sino al provecho y servicio de los demás, a comenzar siempre por el fiel cumplimiento de los deberes sociales; «a la sociedad le interesa el hombre animado del espíritu religioso... pacífico, probo, y buen cumplidor de sus deberes sociales»⁷³. Explícitamente dicho en contraste crítico con la «otra» moral, la «nuestra». Una moral del amor y del desinterés; este espíritu nuevo cree Sanz del Río verlo exigido por las transformaciones del tiempo y exigido igualmente por un sentimiento religioso puesto al día: «el sentimiento religioso, eficaz hoy principalmente en la esfera del amor desinteresado»⁷⁴.

Una tal dimensión social del nuevo talante ético y ético-religioso, viene con repetida insistencia en las exhortaciones morales de Sanz del Río, no sin velada o expresa alusión, por contraste, a lo usual. «Mientras no vivas en medio de todos y para todos...no eres el hijo noble de la Humanidad... el hijo de nuestro Padre Dios, sino el hijo de tu egoísmo»⁷⁵; «reúne a tu alrededor mucho bien y gratitud, del pobre, del niño, del amigo... Dios te recibirá siempre con tan buena compañía»⁷⁶. Porque un vivir cortado de los demás, vallado por el egoísmo, lo declara Sanz del Río un vivir no-real, «un hombre de fantasía»⁷⁷, quiere decir, no merece el nombre de hombre el que hace su vida a solas, está fuera, autoextrañado de su verdadero ser. Tal verdadero ser humano pasa necesariamente por su inserción en la totalidad a la que ha de referirse él, no viceversa; cuando «no te refieres tú al Bien ni al Mundo como parte, sino que refieres el Bien y el Mundo a ti», se produce un auténtico «monstruo moral»⁷⁸.

Es significativa la alusión a la política y a la economía como campo de aplicación de la moral y con su matiz religioso; así parece desprenderse de un fugaz apunte de diario referido a una conferencia oída; «la cuestión de la economía política es espiritualizar la tierra... bancos agrícolas (?)...»⁷⁹. En la imprecisión y parquedad de la referencia puede aún verse el alcance de una moral y de una religión pegadas a la vida, puestas en remover los mecanismos socio-políticos para «hacer bien», para realizar, a este nivel colectivo y público, en lo técnico y administrativo, el ideal de la Humanidad.

72 *TE-D* p. 174.

73 *SR* pp. 196-97.

74 *TE-IHV* p. 239.

75 *SR* p. 148.

76 *SR* p. 194.

77 *SR* p. 148.

78 *SR* p. 158.

79 *SR* p. 179.

BALANCE Y CONCLUSION

Hemos hecho hablar a Sanz del Río, hasta, parecerá quizá, demasiado. No queríamos sentar nuestras apreciaciones sin el refrendo de sus más íntimos y sinceros testimonios, los expresados en el tono confidencial de un diario autobiográfico, cuando sobre todo no eran sólo exposición de sus ideas, sino trozos calientes de su vida. Se nos ha revelado como un espíritu profundamente religioso, herido por el contraste español de una religiosidad profesada y practicada exteriormente, pero falta de interioridad y de verdad; así la ha visto y sufrido él. Toma distancias de conciencia frente a ella, se siente reformador, si no hacia fuera, como profeta de plaza o de púlpito, sí hacia dentro, para sí y para los pocos íntimos que han tenido acceso a su interior, y con valor objetivo para quien quiera y pueda alzar su bandera.

Desde su experiencia personal y desde sus convicciones filosóficas traza las líneas de una religiosidad encarnada en la realidad humana, individual, social e histórica, apoyada cada vez más en el desarrollo y cultivo de las facultades naturales, sostenida doctrinalmente por un sistema especulativo, el de Krause, reelaborado y asimilado con sus adaptaciones circunstanciales por Sanz del Río, sistema que es vida refleja en el filósofo y tiene virtud para inspirar una acción pedagógica sobre los hombres a todos los niveles de su situación cultural.

Una religiosidad que informa y casi se confunde con una moral de acción directa sobre la vida del hombre, con miras, no meramente a asegurarle un fin y destino trascendente último, sino a orientarle ya y motivarle en la realización de su vivir cotidiano en este mundo; moral dinámica, abierta y progresiva, solidaria y altruista, empeñada en un avance progresivo de la existencia humana sobre la tierra; moral enlazada en su origen y en su término con Dios, pero no menos enlazada con la marcha de la vida real actual, presidida por Dios y orientada a El.

¿Todavía cristiano? Esto quedaría por aclarar si nuestro empeño es más que una mera curiosidad y va más allá de una irrelevante cuestión de nombre. Desde luego no lo es si se mide a Sanz del Río con las medidas de su tiempo que le consideró a todas luces como extraño. Tampoco es el caso de extender por nuestra cuenta certificados de ortodoxia; acaso sea esto cosa reservada al que «escruta los corazones». Nos queda y nos basta por el momento atenernos a la auto-valoración que el mismo Sanz del Río hace al proclamarse y creerse sinceramente «cristiano y católico». Al margen de lo católico y cristiano «oficial», pero dentro de un «cristianismo vivo», e incluso con conciencia de una misión de reforma interior sin salir de casa. Quizá no sea del todo fuera de lugar evocar la figura y el papel semejante de su contemporáneo danés Kierkegaard, predicador profético «contra» su iglesia oficial luterana.

Mucha luz dará el tener en cuenta la tendencia armonista que de Krause pasa a su fiel seguidor Sanz del Río. Está éste orgulloso de haber dado con la clave de síntesis frente a una porción de dualismos antagónicos que se han turnado hegemónicamente a lo largo de la historia. Entre panteísmo y gentilismo idolátrico, entre panteísmo idealista y ma-

terialista, entre misticismo y ateísmo⁸⁰. Igual que en el sistema filosófico cosmovisional cree Sanz del Río haber dado en la religión con la solución sintética entre dos absurdos, una religión irracional y una religión sometida a la razón⁸¹. Esto sería su cristianismo.

Pero este cristianismo vuelve en Sanz del Río a tirar por los caminos por donde lo empujaron tantos ejemplares del pensamiento moderno, buenos cristianos, desde Nicolás de Cusa, Tomás Moro, Campanella, Marsilio Ficino, J. Bodin..., por citar los primeros y sin sospecha, hacia una nivelación con una religión «natural», o religión «de razón», en la que lo específico cristiano se redujera al mínimo, base de coincidencia de todas las religiones, según la fórmula de Nicolás de Cusa en su diálogo ecumenista *De pace fidei*⁸². Sanz del Río piensa y sueña en una religión universal de la Humanidad, no opuesta o distinta, sino como la mejor realización de lo cristiano. Mejor que nunca diríamos el dicho del pueblo: «Dios sabe lo que es ser cristiano», y si Sanz del Río lo fue.

En todo caso, si no fue en rigor cristiano y menos católica y españolamente cristiano, está fuera de toda duda que fue humana y ejemplarmente religioso.

LUIS MARTINEZ GOMEZ

80 Ver *SR* pp. 124, 153-54, 186-87; *TE-MetAn* p. 140.

81 *SR* p. 242.

82 Permítasenos citar nuestro artículo: 'Un ecumenista del siglo XV. El Cardenal Nicolás de Cusa († 1464), en *Razón y Fe*, 170 (1964) 29-42.